

¿SIGLO CULTO O BARBARO?

¿Es bárbaro o culto nuestro siglo? Y la flámante civilización, tan voceada, del siglo XX, ¿está acaso en bancarrota?

Angustioso problema que ha sacudido la mente de pensadores; siniestra interrogación que no puede soslayar todo aquel que nutra unas gotas de humanismo en su pecho, un poco de interés y ternura hacia el inmenso rebaño gris que avanza entre nieblas: la Humanidad!

La crisis de una cultura no se ha de medir por la presencia, en el seno de la misma, de tal o cual tipo psicológico, ni siquiera por el estilo o postura vital de determinado sector. Porque —y basta para ello hojear la Historia— en todos los tiempos pululó la mediocracia y ramplonería, y nunca dejó de vegetar sobre la tierra el tipo hedonista, sabandija, el hombre - insignificancia y opacidad. Junto al glorioso caballero andante, sacudido con fiebre divina, se proyectó, como sombra fatídica, la grotesca caricatura del pícaro, que ni era caballero ni tenía fiebre... Y sin embargo, ¡fué gloriosa la edad de los caballeros!

¿Cuál será, pues, el termómetro de una cultura? La frecuencia e invasión de determinado tipo psicológico, la "nacionalización" de tal o cual postura o estilo de vida.

Supongamos, por ejemplo, que la "sombra del caballero", el tipo del pícaro, comenzará a multiplicarse y que tomara carta de ciudadanía, en gran escala, su postura pícarosca de vivir la vida... ¡adiós perfume de caballería! ¡adiós siglo aureolado con trovas y ensueños y horizontes!

Tomar el pulso a una cultura es, pues, analizar la frecuencia "consentida" de un tipo o estilo vital, o descubrir en ella la tendencia a adoptar tal tipo o postura.

A la luz de este principio, hagamos breves reflexiones sobre nuestro siglo-relámpago.

EL SIGLO-RELAMPAGO

No lo negamos! Existen hoy día pensadores y artistas-verdad; cuenta la Humanidad con un ejército de científicos, investigadores... ¿quién podrá ponerlo en duda?

Sin embargo, nos preguntamos: ¿cuál es el tipo de hombre que va cundiendo en nuestro siglo? ¿Hacia qué forma de vida, como meta, va evolucionando nuestro mundo? ¿Forma sublimadora, niveladora o depresiva?

No puede ser optimista nuestra respuesta. Como invasión de enfermedad endémica, vemos propagarse y cundir un tipo humano de deformación: el hombre superficial, relámpago; y como estilo de vida, la fosforescencia, el latigazo impresionista, la prisa...

En pocos rasgos cabría describir ese tipo de "homúnculo", que con tenacidad de gorgojo, va royendo el suave terciopelo de las misiones juveniles: el hombre moderno (llamemos así a ese tipo predominante) es: superficial, impresionista, con su toque de abulia y explosividad, es egoísta.

Superficial ¡Ahí está la última raíz de todos sus males! Porque en el hombre se albergan dos planos o zonas: la superficie y la profundidad; el oleaje engañoso y el sagrado silencio de las aguas tranquilas. Estas últimas son las que constituyen propiamente el yo íntimo, el yo auténtico. Ser hombre es saber bucear en esas sagradas intimidades, saber abismarse en las transparencias profundas del propio yo. Es descubrir la vena íntima, explotarla, cultivarla.

Ahora bien, como afirmaba Pascal en su tiempo, "todos los males del hombre provienen de que no sabe estarse a solas en su habitación". Pascal tiene razón: quien no sabe estarse a solas en su habitación, ¿cómo podrá permanecer a gusto en esa otra habitación más recóndita del propio espíritu, rincón repleto de estrellas? Si ni siquiera sospecha que en su interior exista tal estancia! Si le falta el hilo de oro que conduce el florón mismo del propio yo!

Surge entonces categórico, ineludible, el dilema: o vives contigo mismo, habitante de tu mismidad, o te nutres del turbulento oleaje de la superficie.

Y no es extraño que quien no tenga oídos para percibir las armonías del mundo interior, emprenda la fuga del propio yo, peregrino y traidor de sí mismo. Huye del fondo a la superficie, de la plenitud al vacío, del ser al aparecer. Cada paso lo separa del meollo candente —el yo— para precipitarlo en el espejismo cambiante — el no yo.

Impresionista. Como néyades flotantes, en la superficie pulula el impresionismo. Es natural. El mismo Pascal lo había ya analizado: ese pobre hombre, "roseau pensant", siente horror a mirarse de frente, (por no saber mirarse!) y busca, con anhelo febril, la diversión. Es el recurso del débil: también el alcohólico procura alejarse de su mísera condición económica, su mergiéndose entre ensueños y vaporosidades. El hombre de hoy trata de "hipotecarse", embriagándose a sí mismo, con el fuerte tóxico de las impresiones.

El impresionismo, como hábito y estilo vital (no como Escuela artística!) es uno de los males endémicos que padecemos. Consiste en una avidez insatisfecha de postura nueva, en un prurito de sentir vivencias y descargas. ¿Resultado? La sensibilidad se va embotando; se buscan impresiones cada vez

más fuertes; no basta la diversión, se condicia el latigazo y embriaguez de la diversión. Así como el morfinómano, se ve condenado a aumentar progresivamente la dosis tóxica.

Triste figura la de ese pobre ser humano, polarizado todo él hacia lo que impresiona y sacude; lo que se ve y toca; lo que muere, exalta o anestesia.

Y entretanto, sigue cantando en su interior, insospechado, el bosque de su propio yo errático planeta, envuelto en cantos plumaje y armonía.

El impresionismo degenera en un estado morboso: la obsesión. Ese tipo humano que estudiamos, de tal manera anhela el agujijón de vivencias nuevas que, a trueque de una sacudida nerviosa, salta por encima de toda barrera ética. Su paladar interior, estragado, hace tabla rasa de todo valor superior. Para él sólo pesa lo inmediato, lo que, al entrar en contacto, produce descarga eléctrica.

Abúlico. Ese triste tipo humano, sumergido en materia, hedonista, chato y ramplón, es con frecuencia un abúlico enmascarado.

Su miopía culpable no le permite percibir nada lejano: horizonte, destello o cumbre azul; o si, en un instante milagroso lo percibe, es incapaz de dirigir hacia allá sus pasos; o si los encamina, en momentos de ilusión, su andar tumultuoso no perseverará, con terquedad amorosa, en la búsqueda irrequieta propia de todo auténtico enamorado.

No es su vida una línea nítida, sonora. Es la flexible plegabilidad del ofidio, siempre viscoso, siempre insincero. Ignoran éstos lo que es llevar dentro el peso de un ancla, capaz de morder rabiosamente la entera de algo hondo.

Por eso también es explosivo. No sabe decir un "no" rotundo o un "sí" definitivo. Percibir un objeto de placer es para él hervir en su deseo, con incandescencia de lava y perseguirlo, con ritmo de fuerza bruta. Sinistras fuerzas instintivas, mil y mil veces robustecidas, determinan en él la tónica dominante. Fuerzas de yo primitivo, que nada entienden de la serena majestad del sacrificio o del gesto heroico.

En una palabra: el tipo que analizamos es EGOISTA. Su vida entera gira fatídicamente alrededor de un eje: su yo inferior.

Sombras, nada más que sombras constituyen su alimento y su mundo: como puras sombras eran las que en vano trataba de abrazar el Inmortal Poeta, en las lúgubres reconditeces de ultratumba.

EL FACTOR AMBIENTE

El ambiente tiene un doble sentido psicológico: es escuela plástica de individualidades, pero, a su vez, es su reflejo.

El ambiente de nuestro siglo es, en gran parte responsable de esta gris mediocracia de hombres que estamos deplorando.

Efectivamente: todo se conjura en nuestro siglo para hacer difícil la vida del yo profundo; todo, para exacerbar el oleaje de la superficie. Bien puede, por eso, tenerse por escuela y cómplice de superficialidad patológica, de impresionismo.

Muestra orgulloso el hombre sus rascacielos, su sonora maquinaria, sin caer en la cuenta de que, entretanto, ha quedado sofocada, antes de nacer la flor misma de su espíritu! Porque no es precisamente el hombre suma de máquina, deporte ó rascacielos.

En este mal colectivo del siglo —impresionismo e inquietud superficial— encuentran algunos pensadores la última explicación de ese tipo abortivo que analizamos. Aunque algo extensa, no nos resistimos a transcribir las reflexiones de un moderno pensador, d'Archambaud:

Poderosas so las causas que explican esta intranquilidad. Responde ésta, ante todo, al vértigo, (que se ha apoderado de todos) de espacio, velocidad y novedades. Intranquilidad propia del siglo del auto, del avión, del cine y de la telegrafía sin hilos. Caracteriza a maravilla estos tiempos de audaces exploraciones, de ariesgadas experiencias, de revoluciones inauditas, índices de una avidéz insaciable. El hombre moderno necesita medios de transporte que hagan retroceder indefinidamente los límites del mundo, haciéndolos cada vez más accesibles: la vuelta al mundo en pocas horas! Necesita espectáculos que ocupen un minimum de tiempo con un maximum de emoción y visualidad, aunque para ello sea necesario sacrificar el goce sereno, no menos que la percepción nítida y la inteligencia precisa.

Necesita periódicos que, por sólo sus títulos, leídos de prisa al pasar por una estación, le informen sobre los últimos acontecimientos del mundo. No lo dudemos: si la radiodifusión se nos ha hecho tan imprescindible, es porque ella nos acaba de quitar todo aquello que podía quedarnos de silencio y soledad: nos da la certeza de poder huir a cada instante, de nosotros mismos, y de los últimos refugios de la vida interior! ¿Cómo podríamos aceptar las leyes lentas y rigurosa del pensamiento disciplinado, de la investigación prudente, de la acción reflexiva y realista, de la evolución sabiamente progresiva? Dios, poderes y leyes han quedado eliminados; nuestra voluntad, entre tanto, conserva el sentimiento de una tensión intolerable; el universo ha sido investigado, sondeado, despojado, vaciado y sin embargo... nuestra hambre permanece insatisfecha; entonces, se saca la conclusión: no hay más libertad, ni más posibilidad de satisfacerse, fuera del acto mismo de búsqueda febril. El ideal ha sido destruido; la realidad ha perdido sus títulos; lo posible comienza a mostrar sus límites: el hombre moderno exclama, a pesar de todo: más allá, siempre más allá! Nada queda como objeto de una espera, nada por conquistar: queda, sí, la fiebre del movimiento, de la obsesión"...

(Paul d' Archambault: Plaidoyer pour l'Inquiétude; L' aventure qui emporte tout", p. 116 - 117).

CRUZADA HACIA LA PROFUNDIDAD

Sería menester que una ráfaga candente, un soplo irresistible, viniera a sacudir esa masa mortecina de resignados en la entraña misma de la edad juvenil! Ojalá una mano piadosa rasgara, con gesto soberano, ante el ojo del mediocre, el lejano horizonte, pura concentración de luces e ideales! Ojalá una voz nueva clavara su garra en el sopor vergonzoso de tantas vidas sin sentido!

La Humanidad necesita altura, gallardía, estilo nuevo! El silencio de los campos de batalla, humedecidos todavía con quejidos, proclama bien alto la bancarrota del egoísmo moderno! Necesitamos que los jóvenes de hoy —un solo bloque— se levanten camino del propio yo, con el mismo arrojo con que el Quijote se decidió a tratar por los campos de La Mancha o con que el legendario Conquistador oteaba el rubio reflejo del oro!

No se trata ya de aprender mucho o poco; ni de bachillerato o Universidad; ni de comercio, puesto o carrera. Se trata ante todo —y es lo urgente, lo categórico— de vivir a fondo el contenido de una palabra: ser "hombres". Descubrir, cultivar, forjar la propia personalidad!

Se trata de aprender la más alta, difícil, trascendental de todas las Ciencias: la vida interior.

Ahí radicó siempre el secreto de todo aquel que ejerció gran influjo en la Historia: genio, artista o sabio.

Vida interior preconizaban —como blanco estandarte— los Estoicos. Se gloriaba Epicteto de poseer la llave de su reino íntimo, en cuyas profundidades él, esclavo, se poseaba como rey. Y Marco Aurelio, Emperador, más allá de las fatigas del Imperio, mantenía enhiesto su espíritu en el verdadero palatino de la ataraxia. Esclavo y Emperador fueron, ante todo, hombres.

La vida interior, como postura, estilo e ideal, cobró en el Cristianismo un suave tono religioso. Todo santo es hombre que vive vida interior en su yo profundo, divinizado.

Pero vida interior es también la fiebre creadora del artista; y la gestación reflexiva

del filósofo; y la tortura de todo aquel que tiene que comunicar a la Humanidad un mensaje nuevo.

Vive vida interior el que piensa con su propia cabeza y siente con su propio corazón. El que elabora algo suyo, incomunicable, original. El que sabe quién es, y a dónde va. El que es capaz de amar u odiar tercamente, a lo Sócrates o Quijote. El que, además de la línea horizontal, conoce la verticalidad de una aspiración, la voz metálica de un sacrificio.

Y no la vive, el hombre psíquicamente hipotecado, el peregrino de su mismidad, el traidor de su yo.

A los primeros correspondió la recompensa debida a todo lo auténtico: la fecundidad. Esos hombres llegan a ejercer una verdadera paternidad en el mundo del espíritu.

A los segundos, la envoltura fatídica de todo lo huero: la esterilidad.

Antes de terminar, una pregunta. Nuestras instituciones de hoy, nuestros planes educacionales, de sabor enciclopedista, nuestra estructura siglo XX ¿nutre en su seno el tipo ramplón o alimenta un humanismo superior? ¿Es acaso cómplice de la bancarrota humana? ¿Progresamos o retrocedemos? ¿Es nuestro siglo culto o bárbaro?

Carlos Guillermo Plaza